

vando inmensa multitud de prisioneros, rebaños y botín de todas clases, despojos que embarcó y envió á Sicilia. Renunciando entonces á las expediciones poco importantes y á la devastación del país, volvió todas sus fuerzas contra Utica, de la que podía hacer base de sus operaciones ulteriores, si se apoderaba de ella. Hizo que la atacasen á la vez, por el lado del mar, los marineros de la flota, y por el ejército de tierra desde lo alto de una eminencia que domina las murallas. Había llevado catapultas y máquinas; además de las que había recibido de Sicilia, al mismo tiempo que los víveres, hizo construir otras en un arsenal, en el que con este objeto había reunido multitud de hábiles obreros. Amenazada por todos lados Utica por tan considerable masa de fuerzas, no tenía otra esperanza que Cartago, como Cartago en Asdrúbal, con tal de que pudiese decidir á Syfax; pero, atendiendo á lo que deseaban los que tanto necesitaban los socorros, todos los movimientos se llevaban con excesiva lentitud. Desplegando Asdrúbal mucha actividad en los alistamientos, había reunido cerca de treinta mil hombres de infantería y tres mil caballos; pero aguardaba la llegada de Syfax para ir á acampar delante del enemigo. Syfax avanzó al frente de cincuenta mil infantes y diez mil jinetes. Después de acampar brevemente cerca de Cartago, tomó posición en las inmediaciones de Utica y de las líneas romanas. El efecto de su llegada fué obligar á Scipión á retirarse, sin haber conseguido triunfar después de cerca de cuarenta días de sitio y de esfuerzos inútiles. Acercábase ya el invierno, y estableció sus cuarteles en un promontorio, unido al continente por una eminencia poco elevada que penetra mucho en el mar; la misma empalizada encerraba también su campamento uaval. Las

legiones acampaban en el centro de la eminencia; la playa, por el lado del Norte, la ocupaban las naves sacadas á tierra y los soldados de marina; la caballería estaba al Mediodía, en el valle que formaba el otro lado de la playa. Tales fueron los acontecimientos acaecidos en África hasta el fin del otoño.

Además de los granos que suministraba el saqueo de los campos inmediatos, y de los víveres que habían traído de Sicilia y de Italia, el propretor Cn. Octavio trajo de Cerdeña un convoy considerable de trigo, enviado por Tib. Claudio, pretor de aquella provincia, con el que, no solamente llenaron los almacenes que ya existían, sino que construyeron otros nuevos. El ejército carecía de vestidos, y se encargó á Octavio que se pudiese de acuerdo con Tib. Claudio para ver si podían conseguirlos en Cerdeña y enviarlos á Scipión. También trataron este asunto con grande actividad; y en poco tiempo enviaron mil doscientas togas y doce mil túnicas. Durante el verano en que sucedieron estas cosas en África, el cónsul P. Sempronio, que tenía el Brucio por provincia, fué atacado en marcha por Anníbal, en el territorio de Crotona, viéndose obligado á combatir apresuradamente: aquello fué más bien choque que batalla campal. Los romanos quedaron rechazados, y el Cónsul perdió en aquel combate, ó mejor dicho, en aquella alarma, cerca de mil doscientos hombres, entrando desordenadamente en su campamento, aunque sin que se atreviese el enemigo á sitiario. A la noche siguiente partió en silencio el Cónsul, después de mandar prevenir al procónsul P. Licinio para que le llevase sus legiones, y se reunió con él. Entonces volvieron los dos generales con los dos ejércitos contra Anníbal. El combate no se hizo esperar; el Cónsul veía duplicadas sus

fuerzas, y Aníbal estaba animado por su reciente victoria. Sempronio colocó sus legiones en primera línea, formando la reserva con las de P. Licinio. El Cónsul, al comenzar el combate, ofreció un templo á la Fortuna Primigenia si vencía al enemigo en aquella batalla: su deseo quedó realizado. Los cartagineses quedaron vencidos y puestos en fuga; matáronles más de cuatro mil hombres; les cogieron cerca de trescientos, y también cuarenta caballos y once enseñas: y desalentado Aníbal por aquel fracaso, retiró sus tropas á Crotona. En la misma época, el cónsul M. Cornelio, que mandaba en el otro extremo de Italia, contenía, menos por la fuerza de las armas que por el terror de los castigos, la Etruria, que casi entera deseaba la llegada de Magón, esperando conseguir cambio de suerte con el apoyo de aquel general. En las investigaciones que hizo por orden del Senado, no mostró parcialidad ninguna. Muchos nobles etruscos habían marchado á reunirse con Magón, ó le habían prometido la defección de sus partidarios. Estos fueron condenados primeramente en persona; y cediendo después á los remordimientos de su conciencia, se desterraron voluntariamente. Condenados otra vez por contumacia, como no se les pudo castigar personalmente, se les castigó en sus bienes, que fueron confiscados, reduciéndose á ésta toda la pena de su sublevación.

Mientras se ocupaban los Cónsules de estas cosas en sus respectivas provincias, los censores M. Livio y C. Claudio formaron en Roma la lista de los senadores. Q. Fabio Máximo fué nombrado por segunda vez príncipe del Senado; siete individuos del orden fueron tachados de infamia; sin embargo, ninguno de ellos se había sentado en la silla curul. Los censores cuidaron

con rigidez y escrupulosa probidad de la reparación de los edificios públicos: subastaron la apertura de una calle desde el foro Boario al templo de Venus; la construcción de lonjas públicas alrededor de aquella plaza y la del templo de la Madre de los dioses, sobre el Palatino. Establecieron un impuesto nuevo sobre la sal, que se vendía á un sextante en Roma y en toda Italia. Este precio se mantuvo en Roma, pero se aumentó en las ferias y mercados, y varió según los parajes. Creíase generalmente que uno de los censores habría ideado aquel aumento con objeto de vengarse del pueblo que en otro tiempo le condenó injustamente; de aquí el mote de Salinator que se impuso á Livio. Retrasóse el censo porque los censores enviaron á provincias á contar con exactitud los ciudadanos romanos que servían en los ejércitos. Comprendidos éstos, resultaron doscientos catorce mil ciudadanos. C. Claudio Nerón cerró el iustro. En seguida se recogieron los censos de las doce colonias, cosa que se hacía entonces por primera vez, presentándolo sus propios censores (1); deseábase que quedase consignado en los registros públicos el número de sus soldados y la cantidad de sus rentas. En seguida se procedió al censo de los caballeros, resultando que los dos censores tenían caballo mantenido por el Estado. Cuando se llegó á la tribu Polia, de la que formaba parte M. Livio, el pregonero vaciló en citar al mismo censor; pero Nerón le dijo: «Cita á M. Livio»; y fuese por efecto de su antigua ene-

(1) Los ciudadanos de las colonias y de las ciudades libres eran enumerados por sus propios censores, según las formalidades que prescribían los censores romanos. Estos censos se enviaban á Roma para que el Senado pudiese ver en un momento dado los recursos y situación de la República.

niudad, sea por ostentar inconveniente severidad, le obligó á vender el caballo, porque habia sido condenado por sentencia del pueblo. M. Livio hizo otro tanto cuando se llegó á la tribu Arna y al nombre de su colega: condenó también á C. Claudio á que vendiese su caballo por dos razones: primera, porque habia dado falso testimonio contra él; y segunda, porque no habia sido sincera su reconciliación; debate escandaloso entre dos magistrados que mutuamente se atacaban en su reputación á expensas de la propia. Al salir del cargo, C. Claudio, después de jurar que habia observado las leyes, subió al Tesoro, y en el número de los nombres de aquellos á quienes degradaba, escribió el de su colega. M. Livio fué en seguida al Tesoro, y exceptuando la tribu Mesia, que era la única que no le condenó ni le habia creado cónsul ni censor después de su condenación, degradó al pueblo romano entero, es decir, las treinta y cuatro tribus, porque le condenaron, á pesar de su inocencia, y porque después de haberle condenado, le eligieron cónsul y censor, no pudiendo negar, decía, haber incurrido en culpa una vez al juzgarle, ó dos veces al darle sus votos. C. Claudio debia quedar degradado con las treinta y cuatro tribus. De haber ejemplo de un ciudadano degradado des veces, dijo, lo habria hecho nominalmente con C. Claudio. ¡Vergonzosa conducta de dos censores lanzándose á porfia notas de infamia! Pero la inconstancia del pueblo merecia aquel castigo, tan digno del rigor censorial y de la gravedad de aquellos tiempos. El odio que se tenia á los censores hizo creer á Cn. Belio, tribuno del pueblo, que podia aumentar su influencia á sus expensas, y les citó á los dos ante el pueblo; pero el Senado ahogó aquel asunto, teniendo que entregarse

en lo sucesivo la dignidad de la censura á los impulsos de la multitud.

En aquel mismo verano, el cónsul que mandaba en el Brucio tomó por fuerza Clampecia, y recibió la sumisión voluntaria de Pandosia y otras ciudades importantes. Como se acercaba el tiempo de los comicios, Cornelio, que no tenia guerra que sostener en Etruria, fué llamado á Roma con preferencia á su colega. Nombró cónsules á Cn. Servilio Cepión y á C. Servilio Geminio. En seguida se celebraron los comicios pretorianos, eligiéndose á P. Cornelio Léntulo, P. Quintilio Varo, P. Elio Peto y P. Vilio Tappulo: estos últimos eran entonces ediles plebeyos. Terminados los comicios, el Cónsul regresó á su ejército de Etruria. En este año murieron algunos sacerdotes y fueron sustituidos, M. Emilio Regilo, muerto el año anterior, por Ti. Veturio Filo, creado é inaugurado Flamin de Marte; fueron sucesores de M. Pomponio Mathón, augur y decenviro, en este cargo, M. Aurelio Cotta, y como augur, T. Sempronio Gracco, que era muy joven todavia. Este ejemplo era muy raro en la elección de sacerdotes. Aquel año los ediles curules C. Livio y M. Servilio Geminio colocaron cuadrigas de oro en el Capitolio. Durante dos días se celebraron los juegos romanos, así como también los plebeyos que dieron los ediles P. Elio y P. Vilio; y con ocasión de estos juegos, hubo un banquete público en honor de Júpiter.